



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Subercaseaux, Bernardo

EDWARD SAID (1935-2003): DESDE SU BIOGRAFÍA A SU POSTURA INTELECTUAL

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 1, núm. 20, 2005, pp. 168-173

Universidad de Talca

Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027760012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESUMEN

El artículo establece un vínculo entre la biografía de Edward Said (1935-2003) y la postura intelectual y metodológica que asume en dos de sus principales obras: *Orientalismo* (1978) y *Cultura e imperialismo* (1993). También la filiación intelectual que lo lleva a concebir la cultura como un campo en disputa de representaciones.

Palabras clave:

Cultura - Occidente - Oriente - Representaciones

ABSTRACT

The article establishes a relation between Said's biography and the intellectual and methodological point of view that he assumes in two of his most important books: *Orientalism* (1978) and *Culture and imperialism* (1993). Also some of his intellectual affiliations in terms of conceiving culture as a domain in dispute.

Key words:

Culture - Occident - Orient - Representation

Edward Said (1935-2003): desde su biografía a su postura intelectual
Bernardo Subercaseaux
Pp. 168 a 173

EDWARD SAID (1935-2003): DESDE SU BIOGRAFÍA A SU POSTURA INTELECTUAL

Bernardo Subercaseaux (*)

Como todo pensador profundo, el quehacer intelectual de Edward Said puede rastrearse, en gran medida, en su biografía. Said nació en Jerusalén en 1935 en el seno de una familia próspera. Fue a un colegio inglés de elite en El Cairo, al mismo que asistió Michael Shalboub, más conocido como Omar Sharif. Terminó su educación escolar en un colegio privado de Massachussets, en la costa Este de Estados Unidos, país al que se trasladó su padre luego de la segunda guerra mundial. Vivió su niñez sin necesidades económicas, viajando en transatlánticos con sirvientes, veraneando en El Líbano o en Cape Cod, en un ambiente de marcada devoción colonial y victoriana, en que estaba prohibido hablar árabe, salvo con la servidumbre. Su padre se llamaba Wadie y algunos de sus biógrafos sostienen que Edward fue bautizado con ese nombre en homenaje al príncipe de Gales, más tarde rey abdicado de Inglaterra.

Luego de finalizar el colegio, estudió literatura comparada y sobre todo anglosajona en las dos más prestigiosas universidades norteamericanas: en Princeton y en Harvard, obteniendo un doctorado con una tesis sobre Joseph Conrad, que se transformó en su primer libro publicado. Paralelamente, adquirió una excelente formación en música clásica llegando a ser crítico de ópera, además de eximio pianista, capaz de tocar Schubert a cuatro manos con su amigo el músico argentino-israelita Daniel Barenboim,

(*) Doctor en Literatura, Universidad de Harvard. Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Artículo recibido el 20 de diciembre de 2004. Aceptado por el Comité Editorial el 30 de diciembre de 2004.

Correo electrónico: besuberc@uchile.cl

en circunstancias que estaba -en sus últimos años- afectado por leucemia.

En síntesis, Edward Said vivió en su propia familia y formación los prejuicios de la representación colonial sobre oriente y el mundo árabe, al mismo tiempo que asumía intelectual y vitalmente sus orígenes palestinos, a raíz de la creación de Israel y del paulatino despojo de la identidad y geografía palestina, sobre todo en su ciudad natal: Jerusalén. Al recibir el premio Príncipe de Asturias, en 2003, antes de morir, rememorando esta etapa de su vida, Said declara: "como palestino nacido en Jerusalén, mi historia nacional y la sociedad de mis antepasados, estalló en pedazos en 1948, cuando se creó el Estado de Israel. Desde entonces y la mayor parte de mi vida he participado en la lucha no solo para llevar la justicia y la restitución a mi pueblo sino también para mantener viva la esperanza de la autodeterminación".

En esos años de reafirmación de su palestinidad Said se convirtió en un joven y prominente profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia y de hecho, en ciudadano norteamericano, en un admirador de Nueva York, su lugar de residencia. Una Nueva York que lo fascinaba por su energía y diversidad cultural, pero que también era la sede del sionismo norteamericano que propiciaba al Estado de Israel. Por un lado, entonces, una formación clásica y lo mejor y más privilegiado de la cultura de Occidente, y por otro una vinculación *in crescendo* con su identidad palestina y árabe, llegando a ser miembro del Consejo Nacional Palestino. Afluentes escindidos y una formación bifronte, que en términos de integración y mediación representaba para Said desde el punto de vista identitario e intelectual un enorme desafío.

Este desafío lo experimenta incluso en el plano de la lengua: en su autobiografía, Said recuerda que desde adolescente tuvo una relación de extrañeza con el inglés, el francés y el árabe: "aunque el inglés -dice- se había convertido en mi idioma principal, me encontré en una extraña condición en que no tenía ninguna situación natural, ni nacional, en donde usarlo. El árabe estaba prohibido y era de "moro". El francés era siempre de "ellos" y no mío. El inglés estaba autorizado pero era inaceptable porque era el idioma de los "prejuicios" británicos. Said, por supuesto, dominaba los tres idiomas "desde entonces, recuerda, siempre me ha fascinado de forma exagerada el funcionamiento de los idiomas y me dedico a cambiar automáticamente a una de las tres posibilidades. Cuando hablo inglés, a menudo oigo y digo el equivalente francés o árabe; cuando hablo árabe busco análogos en inglés o francés y los añado como quien lleva un equipaje sobre la cabeza, es decir, como algo presente pero en cierta medida inerte y agobiante". Así pone de relieve Said su condición de sentirse desde niño "fuera de lugar" y el desafío que en términos intelectuales e identitarios portaban para él sus orígenes y biografía¹.

La pregunta es, entonces, cómo enfrentó el autor este desafío y cómo lo solucionó en términos identitarios o de perspectiva intelectual, particularmente en sus obras más significativas, en *Orientalismo*, de 1978 y *Cultura e imperialismo*, de 1993. El

¹ La autobiografía de Edward Said ha sido traducida al español con el título *Fuera de lugar*.

propio Said da las claves del camino que le permitió ir saliendo del agobio: en sus memorias dice respecto a la vivencia de estas tres lenguas: "solamente ahora que tengo más de sesenta años me siento más cómodo y no traduzco sino que hablo y escribo directamente en cada uno de estos idiomas, no con la fluidez de un nativo, pero casi. Solamente ahora he superado mi alienación respecto al árabe causada por mi educación y por el exilio y puedo usarlos con placer".

Vale decir, Said asume una identidad bicultural y móvil, que se aleja de todo estereotipo, que en la perspectiva de un intelectual crítico interactúa y se pasea por Occidente y Oriente sin complejos de culpa ni de superioridad. En *Cultura e imperialismo* esta solución, adquiere casi el valor de una propuesta metodológica. Said declara que cuando analiza contrapuntísticamente una novela de Kipling, de Conrad o de Camus, su mirada se encuentra a los dos lados: en Occidente y en Oriente, y que su punto de vista trata de ejercer como mediador entre ambos mundos. Al menos en un ámbito en que un intelectual refinado pero sin poder político como él podía hacerlo: el cultural. Hay que tener en cuenta que en los dos libros, tanto en *Orientalismo* como en *Cultura e imperialismo*, el autor es a la vez, por voluntad propia, bicultural e intercultural, vale decir asume un punto de vista que conscientemente forma parte de ambos mundos.² Ello implica, más allá de las fronteras geográficas, una apuesta por valores humanos y universales y un espíritu, desde esta perspectiva, crítico y renuente a ser encajonado, lo que lo llevó, en más de alguna oportunidad, a entrar en conflicto con la propia dirigencia de la OLP.³

No se trata, sin embargo, de un mero interculturalismo inerte, sino de una mediación con una perspectiva y una postura bien definida. Al recibir el premio Príncipe de Asturias, Said dijo: "como norteamericano que lleva una vida de privilegio y estudio en la Universidad de Columbia, donde he tenido una suerte enorme en mi vida como profesor, llegué a comprender muy pronto que tenía que elegir entre olvidarme de mi pasado y de los muchos familiares que se convirtieron en refugiados sin hogar en 1948, o dedicarme a paliar los efectos de los traumas producidos por el sufrimiento y el despojo, escribiendo, hablando y dando testimonio de la tragedia de Palestina. Me enorgullece decir que escogí este último camino y, con él la causa de una política estadounidense no militarista y no imperialista. Siempre he creído - exclamó Said- en la superioridad del argumento racional sobre la lucha armada, en la franqueza y en la honestidad empleadas en pro no de la exclusión sino (de la convivencia y) la inclusión"⁴. Su apuesta por valores humanos y universales no pierde entonces de vista, sino que por el contrario alimenta su compromiso con la palestinidad y con su condición de árabe que vive en Occidente.

Pero la perspectiva y la postura metodológica de Said no proviene solo de su itinerario biográfico, en ella incide de modo fundamental su apropiación de algunos

² Seguimos a Francisco Fernández Buey "La contribución de Edward Said a una tipología del imperialismo" en *La insignia*, 2 noviembre, 2003, España.

³ Son conocidos su discrepancia y cuestionamiento a Arafat a raíz de los acuerdos de Oslo.

⁴ El segmento entre paréntesis lo tomamos de una entrevista a Said.

pensadores que resultan básicos tanto para el desarrollo de su pensamiento y obra, como para el punto de vista que asume su mediación entre Occidente y Oriente. Uno es Franz Fanon y el otro Antonio Gramsci⁵. Para Said el Fanon de *Los condenados de la tierra*, es "el primer teórico destacado del antiimperialismo que advirtió que el nacionalismo ortodoxo de las ex colonias seguía el mismo camino trazado por el imperialismo, que mientras parecía estar concediendo autoridad a la burguesía nativa en realidad continuaba extendiendo su hegemonía". No hay que olvidar que Said al intermediar entre Occidente y Oriente fue crítico de lo que consideraba exageraciones o extremos de ambos mundos; crítico por una parte de la constante afirmación occidental de superioridad cultural sobre el otro y crítico también de la réplica nativista del colonizado que protesta mediante la mera y simple inversión de la concepción del mundo del colonialista: para Said, en cierta medida, imperialismo occidental y nacionalismo tercermundista se alimentaban mutuamente⁶. En la perspectiva de la autodeterminación de los países árabes, Said reconoce la necesidad y el valor de una conciencia nacional, pero al mismo tiempo toma distancia del nacionalismo como ideología, sobre todo de una concepción cerrada o monolítica de la identidad nacional, que tiende a negar el pluralismo y la diversidad.

Tanto o más importante que Fanon es para Said la obra y el pensamiento de Gramsci, particularmente la distinción entre sociedad política y sociedad civil, y su concepción de la cultura como un campo en disputa en el cual sectores de la sociedad civil ejercen persuasiva y sutilmente, mediante representaciones o en la microfísica del poder (Foucault), su hegemonía. Me parece que esta perspectiva es central en la obra de Said y en las relaciones que establece entre imperialismo, orientalismo y cultura. Más que en la historia social o política la obra y el aporte de Said trabaja en el campo del imaginario y de las representaciones, sean estas visiones de mundo, instituciones, saberes disciplinarios, ideas o novelas, vale decir en la cultura entendida como un espacio en disputa en que el orden simbólico contribuye a cimentar o a ocultar situaciones de inequidad y de poder. Said es a diferencia de algunos pensadores latinoamericanos que han escrito sobre el imperialismo y la dependencia, como por ejemplo el Eduardo Galeano de *Las venas abiertas de América Latina*, un pensador mucho más sutil y perspicaz, un pensador menos mecanicista y considerablemente más fino. Y ello se explica, en gran medida, por su formación y porque trabaja en el campo de las representaciones.

Un supuesto básico en la obra de Said, es la idea de que los individuos, grupos y colectivos sociales dan sentido al mundo por medio de representaciones que construyen sobre la realidad. Las representaciones no tienen necesariamente un correlato objetivo real, aun cuando pueden conllevar procesos de percepción, identificación, reconocimiento o legitimación. Las representaciones dicen o narran más de aquello que muestran o enuncian de modo explícito. Las representaciones

⁵ También es destacada la influencia del pensamiento de Michel Foucault, sobre todo en *Cultura e imperialismo* (1993)

⁶ Francisco Fernández Buey, Op. cit.

instauran sentidos que contruidos social e históricamente se internalizan en el inconsciente colectivo o se representan como naturales, dispensando la reflexión. Tal es el caso del imaginario orientalista que tan brillantemente analiza y desmonta nuestro autor. Desde este punto de vista la fuerza de las representaciones se da no por su valor de verdad o de correspondencia discursiva con lo real, sino por su capacidad de movilizar acciones y de producir reconocimiento y legitimidad social. El concepto de imaginario en que se inscribiría el orientalismo, implica un conjunto más o menos coherente y articulado de representaciones.

El imaginario europeo sobre Oriente que desconstruye Said, como todo imaginario es histórico, puesto que en cada época y de modo acumulativo, las sociedades constituyen representaciones para referirse o conferir algún sentido a lo real. En cuanto régimen de representaciones, el imaginario es una proyección mental que no reproduce lo real, pero que sin embargo induce a pautas de acción que operan en la realidad histórica, tal como lo demuestra en los dos libros mencionados. Los imaginarios están sujetos a disputas y aquellos que se imponen, expresan una supremacía o dominación lograda en una relación sociohistórica de fuerzas. El poder simbólico de hacer creer algo sobre el mundo y de utilizar un régimen de representaciones, implica un cierto control de la vida social y expresa, por lo tanto, lo que Gramsci llamó: una hegemonía. Postura esta que, a mi juicio, es central en el pensamiento y la obra del intelectual palestino, y también en la intermediación -afincada en su peripecia biográfica- que ejerce entre Occidente y Oriente.